

Las «Manos» como transición irreal

Manuel Martínez, conocidísimo deportista leonés se ha introducido en el mundo del arte con una exposición de escultura abierta al público gratuitamente hasta el 30 de octubre en el Café Honoris Causa. Es su primer trabajo en el ámbito estilístico, escogiendo como tema iconográfico las «manos», con visiones e interpretaciones sobre arcilla del propio artista.

No se trata de la plasmación realista de una sucesión de miembros de carácter académico, sino que Martínez lo que pretende es jugar, ironizar y traspasar la barrera meramente racial para acercarse a planteamientos surrealistas y aspectos conceptuales. El escultor adopta pretensiones, más o menos, inesperadas en todo aquello que concierne a su obra, con rápidas justificaciones para una mejor comprensión de su talento tanto en «marcapáginas» como la explicación de una manera verbal. Su desarrollo es terriblemente honesto creando un pequeño microcosmos propio, cercano a los momentos más oníricos del sueño de tanguy. La tierra, el mar, la montaña, el Universo, la fuerza, la templanza, la confianza..., todo un recorrido por la vida de un ser humano, son investigados con fuerza en los trabajos del neófito artesano. Casi como si hubiese caído en un estado de «esquizofrenia apocalíptica» el desarrollo se va alejando de una manera cadenciosa. Son composiciones con una gran «ironía mordaz» que planean constantemente sobre el cielo de lo irracional. El autor pretende vencer sin tapujos los miedos iniciales, típicos de quien comienza a volar, sus alas han nacido bajo el cobijo de máximas aforísticas. Los momentos de «ruina» son transgredidos con facilidad para criticar una dialéctica del totalitarismo con plena conciencia de la destrucción del hombre. Son cantos venideros que rompen, que mutilan y rasgan el alma corpórea para dar paso a una conciencia mucho más limpia. El concierto de trabajo es atropellado y veloz, las piezas cabalgan a un ritmo sincopado como si fuesen gonococos ansiosos de recoger a su enfermo. La fuerza queda patente en el «punch» de manera jocosa y contundente como un adelanto de las aberraciones engendradas



durante la sucesión del tiempo. La «araña» es una paradoja reveladora, llena de bagajes y confusiones que atrapan medianamente un barrido sedoso a todos los maltrechos, perseguidos y heridos en las guerras acaecidas. La lírica y la épica encuentran su lugar en la representación pétreo donde se unifica el binomio de la «aldea total» llena de camagones y aspavientos rurales con la teología más califal cercana a las propuestas del Brahmanismo. Lógicas geográficas delimitan la aventura espacial hacia la antigua cuna de la civilización..., la Luna. Un sentimiento cansino, casi ralentizado nos denota el comportamiento del «caracol» donde la sátira de la «dedocracia» va implícita en su propio contenido material.

Toda esta peripecia visual puede ser producto de sucesivos deambulantes a través de una galerna cromática donde las pigmentaciones, esmaltes y barnices se fusionan con la arcilla creando un referente escolástico entre razón y fe.

La obra de Manuel Martínez lucha contra todo prejuicio y ejércita hábilmente la memoria de la reencarnación devolviendo el concepto a una llanura plagada de biotopos existenciales casi perdidos en el intrincado orbe de la creatividad. Se convierte en un provocador entregado al negocio de la escatología y como no esbirro de sus propios pensamientos. Las «Manos», sus criaturas preferidas. NO hay que olvidar el planeta precedente del creador son meros pretextos para culminar esas modulaciones expresivas que actúan como fármacos dentro del contexto formal derivado de agudas metáforas a través de la textura arcillosa.

Esta exposición emana una autoridad sobrecogedora, solitaria y tristemente tronante capaz de iluminar por sí sola caminos de pesadilla nocturna por su integridad y elocuencia, dentro de las indulgencias narrativas.